

# *El Filandón en Madrid*

Antonio Linage

En Madrid y en los Grandes Almacenes, concretamente en una sala que habitualmente es bar-restaurant, se ha presentado hace unos días una recopilación enjundiosa de Antonio Pereira, «Me gusta contar: selección personal de relatos». La portada, elegida con esmero, nos recuerda los buenos tiempos del libro ilustrado, y no de cuando las recónditas exquisiteces dieciochescas para quienes llevaban casaca y peluca sino en la profusión popular de la novela corta de este que, todavía es nuestro siglo: «Gail», de James Valerio. Una mujer rubia sentada, suelto el pelo, paralelas y juntas las piernas, también los brazos asidos a los despercebidos del asiento, el escote dejando adivinar mucho y apenas ver, entre soñando y mirando los ojos, también entre la sensualidad y el renunciamiento, a los dos lados de la frontera todo su eterno femenino. Sobre una alfombra burguesa de nostalgias persas, y detrás unas cortinas entre una funcionalidad bancaria y la sugestión callada de un telón.

Gratas y gratamente dispuestas las butacas, por su carencia de empaque -¿un "gabinete" de otrora en Astorga?- tan abiertas al campo sin puertas del ensueño como a la complacencia en la cotidianidad hogareña. ¿No se pueden tejer también en un marco parejo los relatos del filandón? Un alto piso del centro de la capital, pero sin ruidos que interfieran. El encanto de la luz artificial hecha alfombra a medida de la cabalgada de cada uno. Pero nos sentimos inmersos en Las nieblas de la Purísima. Bellas e interesadas damas. Amigos, colegas, comilitones, paisanos ¿villafranquinos cuántos?, que tres contamos en su última tertulia de martes segoviana-, aprendices. "¡Qué bueno y qué bonito habitar los hermanos en uno!".

El pintor Manuel Alonso se diría que pone música a su lectura. Pero sólo eso, ambas artes. Hasta que al concluir, despliega la "edición" pictórica de su texto. La plástica también pues. ¿Cómo un fragmento litúrgico cantado en polifonía en la catedral de Astorga? El profesor Javier Huerta encuadra la cuentística de Antonio en la urdimbre de la literatura coetánea del género, quejándose de que en ella predominará la preterición del contar en aras de la investigación literaria, llegando a faltar así lo esencial, ni más ni menos que la literatura. Un mérito pues contingente añadido a la esencia del mérito de nuestro berciano, ése consistente ni más ni menos que en saberse historias y tener arte para contarlas, en definitiva dejando que nos

hablen sus páginas. Sí, ni más ni menos que como en el filandón otra vez. Por eso justamente las enriquece tanto cuando las lee, de veras, haced la prueba.

Y brevemente nos habla, esta vez el maestro. ¿Qué es un cuento? ¿Cómo se hace? "Extender la historia mientras no peligre el sagrado efecto único (Poe). Se puede nutrir la historia, pero no hincharla". Sin embargo, muchas veces, ¿no nos deja Antonio Pereira la nostalgia de alguna hinchazón? "El novelista puede ser altanero. El cuentista debe ser cordial y amistoso". Sí, pero no puedo por menos que volver a la carga, ¿no echamos a veces de menos alguna altanería en nuestro amigo? (El profesor Huerta nos dio la buena noticia de la inminente recuperación editorial de una de sus novelas, «El país de los Losadas». ¡Magnífico en sus páginas del Noroeste protagonista! Por cierto que yo me siento muy complacido de haberla creado en un tremendo rollo de citas que lleva el título de Todos los monjes, por mor a su vez de la cita en un interrogatorio policial de cierto abad de Samas. El caso es que las novelas de Antonio nos saben a pocas, tanto que no perdemos la esperanza de que engrose su cifra.

Sin cerrar los ojos, las bombillas amigas me dejan el intervalo de un viaje a bastante más de cincuenta años. En el comedor del colegio claretiano de Aranda, el compañero de la voz mejor y el pecho más esforzado, Antonio Mijangos, nos tiene en vilo leyéndonos las entregas de «El Señor de Bembibre». En la biblioteca del ayuntamiento de Sepúlveda reposan en su hilo inmaculado los dos tomos de las «Obras Completas» de Enrique Gil y Carrasco. Ahora tengo junto a mí la primera edición de su novela perenne, que no puede ser más modesta pero que tanto nos arrastra, sí, eso es. A Antonio se la regaló Dionisio Gamallo Fierros. Hecho ya el don un recuerdo más de nuestra amistad.

De aquellas esperanzas de recuerdos a estos recuerdos de esperanzas. Enrique Gil entonces. Antonio Pereira ahora. En una continuidad en el filandón que se hace consolatoria a la hora de la partida. Porque nos asegura que las 'historias no se irán con nosotros. Ni sus contadores.